



SUMARIO

Revista general.	Dr. Fausto
ERRORES POPULARES:	
Un puñado de errores.	Dr. José Cosano.
La mujer de su casa	Concepcion Arenal.
PRECEPTOS DE LA CIENCIA:	
El mes de Agosto.	Dr. Tolosa Latour.
Los niños revoltosos	Dr. Marin Perujo.
El vestido.	Antonio Torrero.
Las niñas del día.	G. Saenz Díez.
Los niños en los espectáculos.	Dr. J. M. A.
JUNTO Á LA CUNA:	
Las casas-cunas en España.	Eugenio Marbeau.
La maternidad.	Severo Catalina.
De los niños	Leopoldo Alas (Clarín).
CUADROS REALES:	
Los puritanos	A. Palacio Valdés
BENEFICENCIA:	
Cartas á un Diputado provincial.	M. de T.
Congreso protector de la infancia. — Informe sobre los hospitales de niños.	Manuel de Tolosa.
PENSAMIENTOS Y FRASES.	
	(Letamendi.
	Dr. Fausto.
	E. Augier.
DICHOS Y HECHOS.	
Publicaciones recibidas.	
Correo. Anuncios. (Véase la cubierta.)	

REVISTA GENERAL

Es preciso convenir que los viajes no tienen ya importancia más que para los pobres de bolsillo, á quienes una expedicion cualquiera exige la formacion de un presupuesto extraordinario, ó para los

que, atados al potro del trabajo, dejan sus quehaceres para emprender otros no ménos penosos.

Al que considera París como el más elegante arrabal de Europa, y toma el expreso como quien sube á un tranvía con el fin de espaciar su aburrimiento en mayor escenario, no hay que hablarle de impresiones recogidas en sitios de la gran ciudad, alejados del *Bosque* y de los *boulevares*, y tan desconocidos para él como sus semejantes en Madrid. Allá y aquí hay Museos y Hospitales é instituciones benéficas; pero, ¿á qué estudiarlos y visitarlos estando abiertos los Hipódromos, y funcionando los Círculos y Casinos?

Bien sé que mis lectores no piensan del modo indicado, y por ello, al saludarles cariñosamente á mi regreso, quisiera poder referirles cuanto he visto, haciéndoles partícipes de cuantas distinciones he sido objeto, y que no sé cómo agradecer debidamente, durante mi estancia de *tres semanas* en París.

Ante todo debo dar las gracias muy expresivas á mi querido compañero Perez Zúñiga, que, habiendo demostrado ya al público que se puede ser buen abogado y excelente poeta, probó en el número anterior lo que un autor festivo hace cuando dirige una Revista como la presente y es buen amigo.

Los lectores le echarán de ménos hoy en este sitio, que ha sabido llenar tan bien.

Actualmente se halla en el campo veraneando con su alegre y gentil musa.

Hé aquí un trozo de su última carta y una de sus impresiones:

«Chicos fuertes como el hierro
Viven en el salvajismo,
Y están cuidados lo mismo
Que las gallinas y el perro.
Ninguno del sol se esquivo,
Y alternan en el trabajo
Niñas *tostadas de abajo*,
Madres *tostadas de arriba*,
Y gentes, en conclusion,
De las que quiero tratar
En tu Revista sin par
Si me guardas un rincón.»

Esperemos, pues, con ansiedad sus relaciones, deseándole la lozana y fresca salud que se adquiere en el campo.

..

El elogio que acaba de dirigir á LA MADRE su muy distinguido redactor nos obliga á transcribir el que hace acerca de ella el insigne escritor Alfonso Daudet, que nos honrará con su colaboracion, y que dice lo siguiente:

«HE RECIBIDO Y LEIDO EL PERIÓDICO. ESTÁ HECHO CON UNA INTELIGENCIA, UN GUSTO Y UNA TERNURA ENTERAMENTE MATERNAL. NO TENEMOS NADA EN FRANCIA DE TANTO VALOR.»

Tan favorable juicio del primer novelista contemporáneo que tiene Francia, nos alienta tanto como nos estimula.

Es una de las mejores recompensas que podíamos ambicionar.

..

La prensa periódica nos ofrece ancho campo donde espigar asuntos con que llenar muchas cuartillas. Sin embargo, hemos de ser muy breves.

Un ingenioso revistero, al ocuparse del *Congreso de proteccion de la infancia* celebrado en París, dice: «que no cree que los ilustres miembros del Congreso tengan la pretension de que, merced á sus actuales disposiciones, todos los niños hayan de ser dignos de estatuas en los parajes públicos ó de canonizacion en el Vaticano».

Y añade más adelante: «Porque yo soy de los que miran con poco entusiasmo esas Sociedades protectoras en tanto que se vea la desgracia, y la mendicidad, y la miseria pulular por las calles como una triste consecuencia de la organizacion humana.»

Es donosísima la afirmacion. Fatalista como un musulman, atribuye á la organizacion humana los males que la sociedad puede remediar, y supone que el bello ideal de la proteccion estriba en hacer genios y santos. La proteccion trata, ante todo y sobre todo, de hacer gentes honradas, salvando muchos seres de la muerte ó del vicio, que es peor que la muerte.

¡Lástima que la mayoría mire con indiferencia tan nobles esfuerzos! Consolémonos, empero, pues en cuanto hagamos que desaparezcan la *desgracia*, la *mendicidad* y la *miseria*, serán de los nuestros... Los comentarios sobran. Copiemos una frase más:

«En París tratan de proteger la infancia: nosotros nos propondremos divertirla.»

¡Divertirla!... Bien; pero, ¿por qué no nos hemos de oponer á tantos que se proponen *pervertirla*?

* *

En contraposicion á tan frías y egoistas ideas, que por desgracia abundan, se presentan de vez en cuando hechos conmovedores y dignos de ser imitados.

Una casa de gran importancia, la de los señores Martinho y Compañía, ha establecido en esta capital una gran fábrica de galletas y bizcochos de fantasía, montada con arreglo á los últimos adelantos del arte, y en disposicion de competir con la importacion inglesa.

Estos distinguidos fabricantes han dedicado las primicias de su fabricacion á los pobres niños del *Hospital del Niño Jesus*.

El día en que se distribuyeron á los enfermitos pastas, bizcochos y profusion de cromos, se oyó en las salas alegre vocerío: los más infelices olvidaban sus dolores, y hasta los pequeñuelos sonreían desde sus camas y alargaban las manitas, en tanto que una emocion dulcísima embargaba á los circunstantes.

El revistero aludido hubiera esperado quizá que los niños ya curados abandonaran el Asilo para hacerles este delicado obsequio.

Los Sres. Martinho han tenido la bellísima idea de que los desvalidos gustaran ántes que nadie los sanos y exquisitos productos de su fábrica.

¡Alguna vez habían de tener los niños pobres las primicias de lo que diariamente tienen los *niños ricos*!

* *

Me falta espacio para ocuparme de una circular que acaba de traerme el correo, referente á la formacion de un *Congreso femenino* que ha de reunirse en Palma de Mallorca.

En uno de los párrafos de la convocatoria se lee: «El hombre educa á otros seres, y hasta á las plantas, con más esmero y solicitud que á la mujer. Hora es que se acuerde de educar á la que ha de ser *Madre*.»

Muy conformes, y cuenten en este sentido con el modesto apoyo de LA MADRE Y EL NIÑO.

EL DOCTOR FAUSTO.



ERRORES POPULARES

UN PUÑADO DE ERRORES

¿Quién sabe lo que padece un niño cuando no habla?

(Dicho vulgar.)

Lástima causa, el más alto grado de sentimiento inspira la contemplación del considerable número de niños que bajan al sepulcro por la ignorancia y falsas preocupaciones de sus madres, preocupaciones é ignorancias que existen en todas las clases sociales, y más aún en las de menor instrucción.

Difícil es comprender que junto al acendrado cariño maternal haya una dosis de apatía ó de ignorancia que convierta á las madres en *verdaderos verdugos* de sus hijos; calificación merecida para aquellas que desde que los llevan en su seno no guardan las precauciones convenientes, y luego, cuando salen de él, no le rodean de los cuidados que exige el nuevo ser para dirigir su educación, tanto física como moral, modificando sus constituciones y preparándoles desde un principio naturalezas robustas y vigorosas.

Pero ya que desgraciadamente en nuestra sociedad se hallan descuidados los conocimientos higiénicos, base y fundamento de toda educación, y cuyos preceptos deben observarse con severidad en la infancia, ora para conservar la salud, ora para restablecerla, trataremos, en cuanto nos sea posible, de desvanecer un error funestísimo, en la creencia de que hemos de hacer un gran beneficio á la humanidad si logramos conseguirlo.

¿Un niño puede decir lo que tiene? Hé aquí una duda que tiene el vulgo, inclinándose á la negativa, y hé aquí lo que da margen á la muerte de una infinidad de angelitos, sobre todo en las poblaciones rurales, donde los médicos se ven frecuentemente obligados á certificar sus defunciones sin haberlos visitado una sola vez.

Y doloroso nos es decirlo: no es sólo en la clase media ni en la proletaria donde se anida esta creencia; lo es también en la clase acomodada y en algunas personas de ilustración; algunos médicos conocemos que han respondido á las madres cuando les han llamado para ver á sus hijos: «Pregúntale lo que le duele, y entonces te diré lo que has de hacerle»; cuya contestación ha arraigado más y más esta ignorancia y ha originado muchas más víctimas.

Nada más falso ante la ciencia que esta aseveración, y nada es tan estúpido como el suponer que porque un enfermo no hable no pueda curarse; pues en este caso no acudiríamos á la veterinaria para salvar á los animales domésticos de cualquiera enfermedad, porque los animales nos hablan.

¿Pero el niño, por ventura, no habla? Habla, y habla en su enfermedad mejor que el adulto, pues habla por él la Naturaleza, cuyo lenguaje es el más verdadero, el más sabio y el más comprensible.

El niño, ya se encuentre en el regazo de su madre,

ya esté echado en su cunita, habla para el médico observador con todas las partes de su cuerpo; habla su actitud, habla su posición, habla su aspecto exterior, hablan las distintas coloraciones de su piel; sus ojos tristes, secos ó húmedos, abiertos ó cerrados, hablan; su respiración más ó menos dificultosa, lenta ó agitada, las alas de su nariz, la expresión de su fisonomía, todo, en fin, habla para el médico, todo le indica muy claramente el órgano que padece y la índole de su enfermedad, llevándole á formar un diagnóstico que la historia hecha por las madres y otros reconocimientos especiales pueden completarlo con la mayor exactitud.

Hemos afirmado que los niños explican sus enfermedades mucho mejor que los adultos, y así es en efecto; pues hay quien por rubor, por ignorancia ó por miras particulares no contesta bien ni verdaderamente á las preguntas del médico, y quien cree conocer su enfermedad ó la causa de ella diciendo al profesor: «yo lo que tengo es una irritación, un susto, etc.», y en todo cuanto responden tratan de acentuar la causa supuesta por ellos, siendo muy posible que inclinen la atención del médico hacia ella ó le desvíen del verdadero punto de vista si no tiene el tacto necesario para recoger los datos útiles y desechar los inútiles.

Por esto afirmamos que el niño habla y explica su enfermedad mucho mejor que el adulto; ténganlo muy presente las madres de familia, y tan luego como vean la salud de sus hijos alterada acudan á los médicos sin temor de que no sean comprendidas sus enfermedades, y háganlo pronto y sin esperar á que el padecimiento adquiera mayores proporciones y tal vez los auxilios lleguen tarde.

Comparemos á los niños, esos brotes, digámoslo así, del árbol de la humanidad, con una planta cualquiera, que, apenas asoma á la luz su tierno tallo, requiere cuidados especiales, un esmero constante y asiduo para que se eleve con lozanía y vigor, y pueda más tarde desafiar los rigores del calor y del frío y los embates del huracán; cuando una semilla brota sobre árida tierra y se abandona, morirá al poco de nacer ó crecerá enferma, degenerará, y sus frutos serán malos, escasos ó nulos; pero si en cambio se trasplanta á terreno más conveniente y se le resguarda de cuanto pueda perjudicarla, bien pronto desechará su enfermedad y la veremos erguirse lozana, dando sazónados y abundantes frutos.

Si en otro sentido recorremos la Naturaleza, desde el animal pequeño al de la mayor escala zoológica, obsérvese que, tan luego como los unos incuban los huevos que han de producir seres análogos, los padres los colocan en las condiciones más á propósito para su evolución, resguardándolos de cuanto pueda perjudicarles; y los otros, desde el momento de su concepción, observan todas las reglas higiénicas necesarias para evitar la pérdida del ser que llevan en su seno; por eso no se verifican abortos en los animales, á excepción hecha de los domésticos, cuando los trabajos pesados ó malos tratos de los que los manejan dan lugar á ello; y luego, cuando desalojan el claustro materno, velan constantemente por la salud del recién nacido, no abandonándolo

lo un momento hasta que ya pueden protegerse á sí mismos de todos los peligros.

Este ejemplo que la Naturaleza ofrece por do quiera en los animales inferiores, ¿por qué no han de seguirlo los reyes de la Creacion? ¿Es quizá que la mujer tenga ménos desarrollado que las fieras el sentimiento maternal? No es posible. Es sólo porque su educacion no está basada en los principios verdaderos y sólidos en que debiera basarse; es que hoy toda su educacion se dirige al exterior, es decir, al lucimiento y el bien parecer, quedando olvidada la verdadera educacion interior, ó sea las reglas que deben seguir para conservar su salud y la de sus hijos; de ahí la frecuencia de los abortos; de ahí las enfermedades y las muertes de esos seres inocentes, y de ahí la degeneracion de la sociedad.

Otro de los errores que debemos desterrar y perseguir por sus funestas consecuencias, es esa dejadez al principio de las enfermedades. Rara, muy rara es la persona que al sentirse indispuesta acuda desde luego al médico; todos dejan pasar más ó ménos tiempo dando lugar al incremento del mal, y, por lo tanto, á que sea más difícil, si no imposible, su curacion.

Por desgracia esta dejadez es muy frecuente, sobre todo en las personas necesitadas; se sienten malas y no llaman al médico, no tanto por no pagarles la visita, sino por no perder de trabajar; y ya, cuando absolutamente pueden, lo consultan, consiguiendo con esto el que si ántes la enfermedad podría curarse en cuarenta y ocho horas con dos ó tres visitas, luego necesitan muchos meses, si es que no sucumben ántes; y por no perder dos días de trabajo al principio pierden luego años enteros, y aún la vida, sin calcular que nuestra naturaleza puede compararse en ese punto á un vestido: si un vestido llega á romperse, ¿qué es lo que hace toda persona sensata? Zurcirlo y componerlo de seguida; porque, de lo contrario, la rotura se hará cada vez mayor, y en muy poco tiempo se perderá la prenda; pues lo mismo ocurre con nuestro organismo: cuando se abandona una enfermedad, ésta va tomando cada día mayor incremento, hasta que llega á predominar en la economía y sea imposible de todo punto adquirir la salud.

Este punible abandono, esta criminal apatía ha producido innumerables defunciones, y sobre todo en esas tiernas criaturas, que indudablemente no vienen al mundo para padecer y morir de seguida sin dejar otra huella de su existencia que el desconsuelo de sus padres; vienen para vivir, y cual toda clase de seres, aparece sobre la tierra con delicadeza, sí, que exigen asiduos cuidados; pero con una fuerza vital exuberante que, bien protegidos y dirigidos convenientemente, gozarán una vida larga y feliz.

Fundándose en esto casi podría establecerse como principio el que no debiera morirse ningun niño, observando por un lado sus madres los preceptos higiénicos, y estando por otro fijas en las más leves alteraciones de su salud para llamar al médico (1) y seguir con

(1) No dejamos de comprender lo arriesgado de esta proposicion, y que podamos ser rebatidos por la clase profesional,

puntualidad sus prescripciones, y merced á ello obtendrán un alivio inmediato, curándose en horas ó en pocos días enfermedades que, abandonadas, necesitarían meses, tal vez años, ó quizá no podrían curarse.

DR. JOSÉ COSANO.

LA MUJER DE SU CASA

(Conclusion)

¿Pretendemos, por ventura, que la madre sea juez severo del hijo, y que no quiera ni procure para él sino estricta justicia? No, ciertamente. Que el hombre, en todas las circunstancias de la vida, aún culpado, hasta criminal, vea la infinita misericordia de Dios en el amor de su madre; que se le aparezca inalterable y puro en las mayores abyecciones y borrascas de la vida; que cuando dude de todo tenga fe en Él, y haya siempre quien lllore sus dolores, sin preguntar si son ó no merecidos. La madre ideal no se nos aparece con balanza, sino con bálsamo; ya sabemos cuántos niños no llegarían á hombres si sus madres les dieran nada más de lo que merecen.

Comprendiendo, pues, cuanto hay de sublime, de útil, y aún de necesario, de fisiológico, por decirlo así, en la incondicionalidad del amor maternal, debemos comprender que, como todo lo que sale de la razon, es subversivo de la justicia, y que si no es posible reducirle á ella, debe limitarse cuanto fuere dado su accion perturbadora. En el estado intelectual y moral de la mujer de su casa hoy sería inútil intentar esta limitacion, porque la carencia de relaciones y de virtudes sociales afloja los lazos con la sociedad, y *refuerza* el sentimiento y el instinto que se debía debilitar. Una esfera más amplia de accion para la inteligencia y para el sentimiento; un punto de vista más elevado; principios bien fijos y bien sólidos de justicia, modificarían indudablemente las ideas y los procedimientos de la madre, que no lo creería todo bueno y permitido, si del provecho (como ella lo entiende) de su hijo se tratara. El hombre, cuando no está arrastrado por alguna pasion, es lo que es su idea; aún en este caso el elemento intelectual influye mucho, y á esta influencia no había de sustraerse totalmente la madre, por apasionada que la supongamos. Una mujer bien educada, moral é intelectualmente, ha de reconocer que no tiene derecho á convertir su abnegacion en sacrificio de los demas.

En casos extremos, ¿no será inútil todo razonamiento? Es posible; pero esas situaciones son raras, y lo que perturba el orden moral no es una grande

fijándose en la frecuencia y gravedad de las enfermedades en una época en que el organismo está formándose, y que existen enfermedades especiales desde el momento mismo en que vemos la luz primera, y otras que, aunque se pueden padecer más tarde, parecen como propias y exclusivas de la primera infancia; pero también convendrán con nosotros en que, siguiendo nuestros consejos, las muertes de niños serían infinitamente menores.

infraccion, que acontece rara vez, sino las más pequeñas y continuadas; el mal que deploramos no está en lo que puede hacer la madre cuando se trata de la vida ó de la honra de su hijo, sino de lo que hace con frecuencia cuando está de por medio su provecho, su gusto ó su capricho. Aun reconociendo lo que pudiéramos llamar casos de fuerza mayor instintiva y efectiva, queda vasto campo á la voluntad recta é ilustrada para servir de dique á las torcidas corrientes del afecto. Pero la madre que, cuando se trata de las relaciones sociales de su hijo, necesita tantos y tan fuertes modificadores, tiene pocos y débiles, ó ninguno. Concentrada en el hogar, ideas, afectos, deberes, todo lo refiere á él; su tendencia es á juzgar que el hijo hace siempre demasiado por la sociedad, por los extraños, y que éstos hacen siempre demasiado poco por él. Este modo de ver, predicado constantemente, inoculado con el cariño, no puede dejar de influir en el hijo si, como es de temer, en la mayor parte de los casos el egoismo y el amor propio le predisponen á exagerar sus méritos y sus derechos, y preocuparse poco de sus defectos y de sus deberes, siendo entonces terreno apropiado para que germine la semilla de injusticia que el amor ciego y la ignorancia de su madre han arrojado en su corazón. El que la mira con respeto, el que tal vez la califica de santa, ¿puede sospechar que le incline al mal?

Ella, por otra parte, ejerce esta mala influencia sin saberlo y fatalmente; emparedado su espíritu, sin conocimiento de las relaciones que hay entre el bien de su casa y el bien público, ignora que el problema consiste en armonizarlos, y no en procurar que se aisen, lo cual, sobre ser imposible, los pone en el caso de que se hostilicen. Añádase que la mujer, cuando comprende ó siente la poca justicia con que es tratada por las leyes, la opinion y las costumbres, no se ha de hallar muy dispuesta á sacrificar, ni á molestar siquiera, al hijo de sus entrañas por una sociedad tan injusta: aunque no lo formule así, suele obrar como si lo formulara; instintivamente se halla mal dispuesta respecto á una organizacion social que le es tan desfavorable.

Cuando la mujer, saliendo de la esfera doméstica, se preocupa de la cosa pública, es á impulsos del fanatismo político ó religioso; no tiene medio entre ser indiferente ó apasionada, y suele dar tal giro á la abnegacion de los suyos, que hace menos daño predicándoles el egoismo. Ni puede ser otra cosa. Ignorante de las leyes que rigen el pensamiento y los afectos; ajena á la gestion de los intereses públicos; desconocedora de la organizacion política, de los elementos de la sociedad, del bien de que se armonicen, del mal del que choquen entre sí, no ve de los problemas sociales ó religiosos más que una parte (á veces muy pequeña), que toma por el todo, y á la cual sacrifica y quiere que sacrifiquen los otros cuanto hay que sacrificar.

Dícese que tal vehemencia es efecto de su mucha impresionabilidad; algo podrá influir, pero la causa principal es que, quien no tiene más que una idea, es dominado por ella, y cuando no se ve más que un

elemento en cuestiones muy complejas, no puede haber exactitud en los raciocinios, ni cordura en los proceder. Por eso, si el retraimiento social de la mujer es deplorable, hace todavía más daño cuando sale de él sin saber nada de las cuestiones en que influye.

Al indicar cómo la mujer, limitada á la esfera del hogar doméstico, entibia las virtudes sociales del hombre y le retrae del público bien, hemos considerado el caso menos desfavorable, es decir, la mujer de su casa más perfecta. Como un gran número, el mayor, estará por debajo de este nivel, aumentará en proporcion la perjudicial influencia que ejerzan; así puede observarse muy á menudo en mujeres que aconsejan á sus maridos é hijos acciones reprobables, que no se lo parecen, cegadas por el sentimiento egoista del proyecho de la familia, único de que se ocupan, comprenden y desean, y al cual están dispuestas á sacrificar dignidad, delicadeza y hasta el honor. Se dirá que hay muchos hombres que hacen lo mismo, es cierto; pero son personas decididamente inmorales, mientras mujeres honestas y honradas, por no comprender bien la moral en cuanto traspasan los umbrales de la casa, sin ser malas, aconsejan el mal, y sin ser viles impulsan hácia hechos indignos. Tratándose de virtudes y de relaciones sociales, á igualdad de moralidad, y por regla general, la mujer tiene menos delicadeza y escrúpulos que el hombre. No es culpa suya, y este hecho, completamente artificial y obra de preocupaciones y errores, tiene consecuencias gravísimas, aunque poco aparentes, y asemeja á esas filtraciones que no hacen ruido y socavan los edificios.

Si consideramos á la mujer de su casa, no por la influencia que ejerce en la familia, sino por lo que es ella misma respecto á la sociedad, veremos que su retraimiento deja un vacío imposible de llenar. Las asociaciones para combatir la miseria, la ignorancia, la inmoralidad, no pueden contar con su cooperacion; si es muy compasiva da algun dinero; pero su trabajo personal, que es tan indispensable, que no puede suplirse, le rehusa, porque ella tiene bastante que hacer en su casa; no reconoce que tenga ningun deber fuera de ella, ni le parece mal que su marido le *prohiba pertenecer á ninguna asociacion*, como dicen muchas que no son tan dóciles respecto á otras prohibiciones maritales más razonables. Decimos que da algun dinero si es compasiva; pero necesita serlo mucho, porque no tiene idea de la importancia de aquellas buenas obras á que no coopera; los dolores que no se ven ni se conocen, duelen poco. Hay una manera deplorable y frecuente de disculparse de no hacer bien, y es censurar á los que lo hacen. No es raro que la mujer de su casa censure á las que salen de ella para trabajar activa y eficazmente en una obra benéfica; las acusa de callejear y dejar sus asuntos para atender á los ajenos, y se cree muy superior á ellas aunque esté muy por debajo. De modo que no sólo retrae á los suyos y á sí propia de las obras benéficas, sino que contribuye á arrojar sobre ellas el descrédito de ser llevadas á cabo por personas que no tienen toda aquella prudencia y recogimiento que conviene á una señora. Que

se lean novelas indecentes, folletines asquerosos; que se vean comedias y dramas inmorales, y hasta obscenos, en esto parece que no hay mal para una mujer, ó para una jóven; al ménos no se trata de evitarlo, pero ¡qué de peligros no se preven al entrar en una casa de vecindad, donde pueden oirse algunas palabras malsonantes, ó en ir á la cárcel, donde hay mujeres perversas! Como si el peligro para la virtud estuviese en ver el vicio pobre y repugnante, el delito castigado, escarnecido é infeliz, y no en mirarle esplendente, engalanado, aplaudido, y pudiera decirse honrado y dichoso, si en las esferas en que se paga, se cobra y se festeja pudiera haber honra, ni aun mentida, ni felicidad más que aparente.

La virtud de una mujer ó de una jóven se fortalece yendo á visitar á una pobre ó una presa, y decae con el ejemplo y el trato de mujeres que son á la vez asunto de justa severa censura y de secreta envidia. Peores lecciones se reciben en la Castellana, el Parque de Madrid y el teatro Real, que en la casa de Tócame Roque y en la cárcel de mujeres.

Esto, que es evidente para el que observa desde un punto algo elevado, no le ve la mujer en su reducido círculo, donde juzga las cosas más por su nombre que por su esencia, y á las personas por lo que parecen y pueden. Aprecia las conveniencias por las costumbres, y para someterse á los fallos del *qué dirán* cuenta los votos, pero no pesa ni puede pesar las razones de los que *dicen*. Así la opinion extraviada, como la bola de nieve, aumenta su fuerza con los débiles que arrastra; cada mujer que se somete dócil á lo que no es razon, contribuye activamente al desatino, y despues de haber retraido á los suyos y retraerse de toda obra que al público bien se refiera, aparta de él á los otros con su crítica y con su ejemplo.

CONCEPCION ARENAL.

PRECEPTOS DE LA CIENCIA

EL MES DE AGOSTO

La frecuencia con que se presentan trastornos gastro-intestinales propios de la estacion, es motivo más que sobrado para que se vigile muy atentamente la alimentacion de los niños. En los débiles que están todavía lactando se evitará el uso de las papillas, proscribiéndose el de las frutas y acudiendo con solicitud á remediar las diarreas ó vómitos, dependientes casi siempre de alimentacion defectuosa, siguiendo los consejos del médico.

Se tendrán muy en cuenta los preceptos sobre los baños que dimos el mes pasado, y en lo que respecta á viajes, no se darán baños medicinales de ningún género, y ménos de mar, sin prescripcion facultativa, sobre todo á los niños afectos de enfermedades de la piel. Y ya que hablamos de viajes, convendrá no olvidar que durante el camino es más que nunca necesario vigilar la higiene del niño y de la madre que cría, por la facilidad con que se efectúan trasgresiones de toda

especie, y sobre todo por los bruscos cambios de medio y temperatura consecutivos á una expedicion de verano.

M. DE TOLOSA LATOUR.

LOS NIÑOS REVOLTOSOS

— No se puede con esta criatura. ¡Qué revoltoso! ¡Qué mal niño!..

Hé aquí las frases que en tono cómico-lírico-dramático se apresura á pronunciar una madre cuando ve enredar á su hijo. Esta satisfaccion se os da cuando un nene la toma con vosotros, ya derribando el baston que llevais, bien dando una tremenda é inesperada rebaja al sombrero que tanto cuidais, ó tambien solicitando que con piés, manos y cabeza le ayudeis y sostengais en sus juegos y equilibrios. Este mismo travieso chicuelo, cuando vais á una casa de confianza, entrará y saldrá ruidosamente de una habitacion á otra, asegurará que es muy bonita la cadena del reloj, solicitará ver éste minuciosamente, concluirá por romper el cristal ó inutilizar la máquina, pondráse de un salto en vuestras rodillas á daros un beso ó ver tan precioso gemelo ó alfiler; si éstos salen ilesos, la pechera resulta arrugada, estropeada; con los zapatos os mancha mientras tanto el pantalon, y no estais tan mal si el chicuelo no come dulces ó sustancias que contienen grasas... ¡Pícara sociedad! ¡Dichosísimos miramientos! Aún asegurais á la mamá que *son cosas de niños*, que no os molestan; pero aún os queda que sufrir por aparecer tan benévolo y pacientísimos. En uno de los movimientos impetuosos é improvisados que el nene ejecuta, siempre encima de vosotros, teméis una caida, os abalanzais á evitarla, caése el baston, rueda el sombrero, llenos de sofoco haceis ver á la madre que temáis un peligro, escuchais una sonora carcajada del pequeño, y quizá otra de la madre, que celebran la escena habida; es ya casi ridícula vuestra situacion. ¿Seguís todavía imperturbables y pacientísimos? Pues bien; el dichoso y bienaventurado niño pretenderá vuestro sombrero para jugar ó echar cosas; os despojará del baston y con él jugará al caballo; saldrá á la antesala á decir en alta voz á los hermanitos ó criados que un caballero gordo ó flaco, guapo ó feo, ha venido á ver á papá, producirá ruido infernal con espadas, caballos, llaves y otros objetos; brincará, correrá unas veces en el gabinete, otras en los cuartos apartados, y casi siempre á vuestro lado. La mamá, con una repension á medias, ineficaz y ridícula, con: *No le haga Ud. caso*, etc., ha contribuido á que salgais desesperados de la tal visita ó reunion.

Mas veamos lo que hace otro niño, el niño aristocrático, por ejemplo.

— ¿Pero no has de dar un beso á este caballero? ¡Qué horror! Siempre así, parado, displicente. Hijo mio...

Así habla una señora de alto tono al ver que su hijo se queda parado, que condesciende como por fuerza al beso de rigor; que mira á todas partes triste, medroso, con prevencion; que no corre á la antesala á comuni-

car á los hermanos la visita; que huye de la conversacion; que no toca el objeto que le ofrecen; que se mueve poco y como contrariado.

Este segundo niño os dejó en paz, y en tal concepción estais de enhorabuena; mas ¿cuál os será más simpático, á pesar de las malas jugadas del primero?

Si teneis niños pequeños, si en algo estimais la educacion física de la infancia, optareis por aquel niño revoltoso que tantas diabluras hizo.

Sean revoltosos los niños, pidan el trapecio, aficionense á las luchas ordenadas é higiénicas, pretendan ir á columpiarse, promuevan carreras, paseen, brinquen, bailen, discurran entretenimientos para ejercitar su cuerpo, jueguen con sillas, caballos y armas inofensivas, hagan equilibrios con paraguas y bastones, organicen diversiones ruidosas, casi motines, pónganse formales á reunir un pequeño ejército de soldados; todo es bueno, saludable y hasta imprescindible; pero en el paseo, el jardín, el campo, la glorieta ó explanada, no en un cuarto ó patio á manera de calabozo.

¿Hacen esto vuestros niños? Pues serán fuertes, desarrollados, alegres y encarnados; comerán con gran apetito lo que les deis, sin decir con acento melindroso que esto no quieren y lo de más allá sí; no os molestarán con que quieren ir al teatro; ellos mismos, proyectando más juegos, caballos, ejércitos y saltos para otro día, pedirán la cama en hora temprana; y ¡qué dichosos son! ¡Qué sueño tan reposado y feliz! No saldrán á media noche pidiendo agua ó bizcochos; no tendrán sofocos y movimientos de desazon; no soñarán ni habrá ya pesadillas funestas; no se orinarán en la cama si tal costumbre tenían. Otra ventaja importante, muy importante: no contraerán ciertos hábitos funestísimos, horribles, que minan la salud de gran parte de los jovencitos de nuestra sociedad.

Salgan, pues, los niños á los paseos y plazas; únense á otros compañeros (de su misma edad, esto es lo principal) que conocen ó no; traben polémicas y conversaciones; organicen al momento el juego, la gimnasia sin aparatos; corran de un lado á otro. ¿Entran en amistad? ¿Empiezan con disputas? ¿Se inician riñas? ¿Vuelven á la cordialidad? Dejadles, acostumbra los á las peripecias de la vida, al ejercicio y las discusiones; vigiladles, sí, á lo lejos, con cierta observacion; mas no turbeis las asociaciones al aire libre, que tan provechosas son siempre, y que robustecen el cuerpo y la inteligencia de los hombres del porvenir.

Por desgracia, las gentes de alto tono, las meticulosas ó ignorantes, siguen el camino opuesto en esta capital; camino fatal, funestísimo, que contribuye á la degeneracion física y aún moral de los niños de Madrid. ¡Pena da contemplar el cuadro que padres, niños y criados ofrecen al observador en calles y paseos!

Ciertas mamás obligan á sus niños:

A no separarse, por nada ni por nadie, de su compañía cuando salen al aire libre.

A guardar una distancia exigua, que ha de mantenerse con toda escrupulosidad mientras dura el paseo. Un paso más que avance el niño, provoca reprensiones y hasta castigos.

A no saludar al compañerito que corre al encuentro de su camarada.

A no detenerse en las plazuelas de los jardines á ver jugar siquiera á otros niños.

A no volver la cabeza sin existir un gran motivo.

Los niños así educados los conoceis al instante. Vedlos lánguidos, marchitos, apocados y tristes. Huyen de las gentes, miran con prevencion, de todo se asustan, lloran por motivos fútiles, temen al niño de ménos edad, se cansan al momento cuando andan, no resisten un objeto de un peso proporcionado, lloran, refunfuñan, tienen mal carácter. Así siguen de ocho y diez años; llegan á los catorce, y, en fin, arriban á los veinte años con los mismos defectos; es decir, con vicios ya monstruosos, que harán desgraciado para siempre al jóven tan torpemente educado en sus primeros años. Y á todo esto, las madres repiten que adoran á los hijos de sus entrañas. ¡Infelices! Creen asegurarles un porvenir con riquezas mayores ó menores. Les dejais arruinados física, intelectual y moralmente; no es posible que sean ricos, no pueden serlo: con sus inmensos tesoros serán más infelices que los pobres de solemnidad.

Estamos, por lo tanto, por niños revoltosos, que jueguen, brinquen y corran; mas hay necesidad de explicar éste al parecer inaudito modo de higienizar. Pueden salirnos las mamás de niños cobardes con que es perturbador y funesto el consejo; pueden decirnos, y con no poca razon, que buscamos la educacion física á expensas de la intelectual y moral. No; ya hemos dicho (1) que es imprescindible oponerse á las pasiones, gustos ó mañas del pequeñuelo: esto ante todo. Educad la inteligencia, educad también el corazón, sí, y con gran esmero y escrupulosidad; mas si es forzoso transigir alguna vez... simpatizad con los niños revoltosos; es más, haced que sean revoltosos. Si lo son tendreis hijos fuertes y robustos, á quienes podeis perfectamente robustecer también de espíritu; pero de niños enclenques y desmirriados; ¿sacareis, por ventura, algun fruto ó provecho?

DR. MARIN PERUJO.

EL VESTIDO

El uso del vestido procedió primero de la necesidad que originaba la honestidad; despues sirvió para preservarnos de la influencia de los agentes exteriores; despues para demostrar el lujo. Tanto influye éste en el traje, que, dejando á un lado la comodidad, por presentarse elegantes las señoras se presentan todo lo desnudas que les permite la moda, olvidando la conveniencia moral, la conveniencia higiénica y la conveniencia económica, pues que lo que falta por arriba (escote) sobra por abajo (cola).

ANTONIO TORRERO.

(1) Véase el núm. 3.º de LA MADRE Y EL NIÑO.

LAS NIÑAS DEL DÍA

(Á Joaquina)

Los sueños dorados — de todas las niñas
que á los quince abriles, — cual tú, son bonitas,
son: el tener novio — que espere en la esquina,
y las siga siempre — cuando van á misa;
el hacerse señas, — el cambiar sonrisas,
el hablar muy bajo — por las ventanillas;
guardar rizos, flores — y otras baratijas,
que ocultan medrosas — en una cajita,
y escribir ternezas — en cartas muy lindas
con letra menuda — sin ortografía.

Pero las que tienen — buen gusto, Joaquina,
las que de sus padres — los consejos sigan,
aquellas que esperan — casarse algun día,
ser buenas esposas — y amar su familia,
sin tener el alma — gastada y rendida
por fingir amores — y soñar caricias,
ríen y trabajan, — y pasan la vida
con el alma vírgen — de rencor y envidia,
sin el rostro pálido — de todas las niñas
que á los quince abriles, — cuál tú, son bonitas.

G. SAENZ DIEZ.

Julio de 1883.

LOS NIÑOS EN LOS ESPECTÁCULOS

II

EN EL CIRCO ECUESTRE

¡Qué agradable impresion nos causa asistir á una funcion en el circo ecuestre, sobre todo en día festivo por la tarde! ¡Qué bella y magnífica perspectiva de sonrosadas é inquietas cabecitas, deseando que llegue el anhelado momento de empezarse el espectáculo!

Los niños, ataviados de lujosos trajes y con la permanente angelical sonrisa en sus coralinos labios, acuden á su funcion predilecta, es decir, á la que más distrae sus sentidos sin poner en tortura su cerebro produciéndole emociones encontradas ú opuestas.

Aquí discurre una hermosa niña de escasas primaveras, con un apuesto niño de casi la misma edad de aquélla, sobre las gracias, morisquetas y contorsiones de un verde payaso con ribetes amarillos y azulados y puntiagudo tupé; allá un niño acosa sin cesar á su papá con multitud de preguntas, que el padre se encuentra apurado para contestarlas; otro niño exige de su mamá le diga si los clowns son de *verdad* ó son de goma, si los palafraneros son lacayos de Palacio, por qué los acróbatas no tienen frío con trajes tan ligeros, y otra infinidad de inocentes preguntas, que la madre, intercalando con apasionados besos, satisface á gusto del pequeño.

Llega el deseado momento de dejarse oír la vibración del timbre, y en seguida las desconcertadas voces de los graciosos. ¡Aquí es ella! No admite comparación alguna la alegría que experimentan los niños; ¡qué de saltos, qué de inquietudes, qué de zozobras! Co-

mienza el espectáculo, y en todo su curso no cesan las espontáneas é inocentes carcajadas producidas por los extravagantes gestos de los payasos.

Termina la funcion; no por eso los niños se ponen tristes: ántes al contrario, ya empiezan á gozar de nuevo con la palabra formal que han obtenido de sus papás de traerlos la festividad próxima; eso sí, les ha costado muchas zalamerías, y no pocos besos y promesas.

Al gozo anterior unen el que experimentan queriendo ser ellos lo mismo que el niño que han visto sobre el caballo, que el gimnasta que voltea en el trapecio, que la niña que salta de una cuerda á otra; ¡inocentes! Dichosa edad, que les veda apreciar los graves y tristes inconvenientes de esa carrera; no comprenden que esos pequeños artistas no tienen padres, y si los tienen necesitan que éstos y sus hijos expongan su vida en la pista, que tanto entusiasmo á nuestros pequeños espectadores, para atender á las necesidades imprescindibles de la vida. Con qué gusto cambiaría de posición la tierna niña que la obligan á subir hasta la parte más alta del circo, por otra niña que está viendo su ascension en un palco rodeada de sus queridos padres, colmada de caricias y saciando su caprichoso apetito con las pastas y dulces más exquisitos; ó aquel otro niño que le arrojan de unos á otros, ó sirve de cúpula al grupo de varios artistas, por encontrarse en las condiciones del hijo del honrado jornalero que no puede pagar localidad de palco, pero sí hace un sacrificio y le lleva á un asiento inferior, y goza este niño lo mismo que la niña del palco, aunque no satisface su apetito como aquélla con golosinas, pues su buen padre vino provisto de un buen trozo de pan para el momento oportuno.

Estas y otras consideraciones por el estilo deben hacer los padres á sus hijos en el lenguaje adecuado á sus limitadísimas inteligencias, haciéndoles comprender paulatinamente que todos los artistas que les excitan la alegría y el entusiasmo son más bien dignos de lástima que de envidia, pues por su gusto no se expondrían á los mil accidentes desgraciados que los diferentes ejercicios traen consigo.

Ahora viene la parte nociva, digámoslo así, del espectáculo que nos ocupa. Llegan los niños á sus respectivas casas, improvisanse artistas, quieren imitar cuanto han visto, encaramándose sobre varias sillas ó veladores, se exponen á que se destruya el centro de gravedad y den con su cuerpecito en tierra; ya el gato ó perro sirve de caballo domado á la alta escuela, que, nada acostumbrados á tales *troles*, concluye la funcion rebelándose contra el domador, que, propinándole de paso ó un arañazo ó un mordisco, le hacen que por el momento desaparezcan sus aficiones ecuestres. En una palabra: la falta de precaucion les puede originar una contusion más ó ménos grave si los encargados de su vigilancia no evitan las imitaciones, que desgraciadamente les puede acarrear sendos perjuicios.

Creemos que no se nos supondrá que tratamos de impedir que los niños asistan á esta funcion; nada de eso; sólo queremos lo que ántes hemos dicho y repeti-

mos: que se compadezcan, hasta cierto punto, de los niños y de las personas mayores que les divierten; que no traten de imitarlos, por sus funestas consecuencias, y á los padres que lleven á sus hijos á las funciones de tarde porque en ello no hay inconveniente, sí á las de noche por razones que manifestaremos en nuestro tercer artículo al ocuparnos de los niños en el teatro.

DR. J. M. A.

JUNTO Á LA CUNA

LAS CASAS-CUNAS EN ESPAÑA

AL DOCTOR TOLOSA LATOUR

Mi querido y honorable colega: Nos habeis dicho en el *Congreso protector de la infancia* que las casas-cunas han tenido hasta el presente poco éxito en España, porque la madres españolas son muy buenas madres y no quieren á ningun precio separarse de sus hijos. Nos habeis señalado como prueba de ese sentimiento la gran repugnancia que tienen de confiar sus hijos á vuestro hospital, áun cuando estén afectos de una enfermedad que no pueden cuidar convenientemente ellas mismas en su casa. Permítame responderle que la objecion no es completa y que el ejemplo no prueba nada.

Es muy natural que una madre no tenga el valor de alejarse de su hijo precisamente en el momento en que, enfermo, tiene necesidad más que nunca de ella; en el instante en que, inquieto, tiene necesidad de verla, y que no quiera dejar á otros el cuidado de conservarle lo que tiene de más caro en el mundo.

Pero cuando está sano, y cuando va á trabajar fuera de casa para ganar su vida, no es la casa-cuna quien la separa de su hijo, es el trabajo; la casa-cuna es el remedio á una separacion que ella no ha creado, y que hace menos dolorosa para la madre y menos peligrosa para el niño. El niño cuya madre está ocupada en el taller, en el lavadero ó asistiendo en las casas, está más seguro en la cuna que si estuviera en nodriza, ó en casa de la vecina, ó sólo en la alcoba desierta; no por eso está menos léjos de su madre.

Atribuyo más bien la lentitud del desarrollo de las casas-cunas en España á que la necesidad del trabajo no aparece tan imperiosa como en Francia.

Teneis menos mujeres que ganen su vida por una ocupacion que las llama fuera del hogar. Es preciso quizá felicitaros por ello; pero para estas otras, para las cigarreras de las manufacturas de tabaco, para las lavanderas del Manzanares ó de otros ríos, para las obreras de Bilbao y de Valencia, creed que las casas-cunas son útiles y que salvarán la vida de muchos niños.

Sería muy dichoso si hubiérais llevado de nuestro Congreso esta conviccion, y os ruego, querido doctor, de creer en la expresion de mis sentimientos distinguidos y afectuosísimos.

EUGENIO MARBEAU,
Presidente de la Sociedad des Oréches.

LA MATERNIDAD

I

¿Recordais por ventura los años de vuestra infancia?

¿Recordais aquellas horas tranquilas en que, libre el alma de pesares y el corazon de inquietudes, dejabais reposar vuestra cabeza en el regazo de una mujer?

¿Recordais la ternura con que aquella mujer os acariciaba, estrechaba vuestras manos infantiles é imprimía, sin ruborizarse, sus labios en vuestra frente candorosa?

¿Recordais cuántas veces enjugaba solícita vuestro llanto, y os adormecía dulcemente al eco blando de una balada de amor?

¡Oh! Si lo recordais.

Los que tenemos la dicha de ver todavía á esa mujer sobre la tierra, la invocamos con cariño á todas horas. Su nombre está escrito en el corazon; es el nombre más tierno de cuantos encierra el diccionario.

El nombre sólo de *Madre* nos representa aquella mujer en cuyo seno bebimos el dulcísimo néctar de la vida, en cuyo regazo dejábamos reposar nuestra cabeza; aquella mujer que nos acariciaba, que oprimía entre las suyas nuestras manos; que besaba nuestra frente; que enjugaba nuestro llanto; que nos mecía, por fin, en sus brazos al eco blando de una balada de amor.

¡Dichosos mil veces los que todavía podemos contemplarla con los ojos de la realidad!

Vosotros los que habeis perdido á vuestra madre, tambien podeis verla si teneis corazon y sentimiento.

Podeis verla en el ensueño dorado de vuestra felicidad. Si el astro de la noche envía sobre la tierra su pálido resplandor, figuraos que el resplandor pálido del astro de la noche es la mirada tranquila y cariñosa que vuestra madre os dirige desde el cielo.

Si veis en la region del firmamento una blanca nubecilla, que flota cual tenue gasa sostenida en sus extremos por dos ángeles, es el alma de vuestra madre, que al miraros sonríe de cariño desde el cielo.

Si á la caída de una tarde melancólica sentís en el valle un eco vago que se pierde á lo léjos, y que no es el canto de las aves, ni el murmurio de la fuente, ¡arrodillaos! es el aleteo de la oracion que por vosotros eleva vuestra madre.

Si en noche apacible del estío acaricia vuestra frente una brisa consoladora, que no es la brisa de los campos, ni el hálito embalsamado de las flores,

estremeceos de placer: es el beso de pureza y de ternura que os envía desde el cielo vuestra madre.

Aunque la muerte la arrebate, la madre no deja nunca de existir para vosotros los que teneis corazon y sentimiento.

II

Pueblos que rebajásteis la dignidad de la mujer, que la considerásteis como un sér despreciable, ¡venid! La razon os llama á juicio.

El sér que vilipendiais ha dado vida á nuestros héroes y á nuestros sabios.

Cuando vuestros héroes y vuestros sabios, cuando los Alejandro y los Homeros, los Césares y los Virgilio, cruzaban los azarosos días de la infancia, una mujer los alimentaba con el jugo de su pecho, una mujer los adormecía con el arrullo de su amor.

Cuando sus labios empezaron á articular sonidos, una mujer les enseñó á pronunciar los nombres para vosotros venerandos, y les imbuyó vuestras creencias, y les dijo que había una patria, que ellos ilustraron luego con el brillo de sus conquistas ó con el mágico resplandor de su talento.

¡Detractores sistemáticos del que llamais sexo débil, recordad que habeis tenido madre ó que la teneis todavía!

¡Los que negais absolutamente la virtud de la mujer, acordaos de vuestra madre!

¡Los que al nombre y á la memoria de madre no sintais latir de entusiasmo el corazon, apartad, alejaos!

Pero no vayais á los campos, que allí las tiernasavecillas besan á sus madres en el nido; allí el manso recental brinca de gozo junto á la oveja.

No vayais á los bosques, que allí podeis ver á la pantera lamer á sus hijuelos.

Y no es bien que la leona y la pantera de los bosques, y la oveja y el ave de los prados, enseñen al hombre las leyes inmutables de la Naturaleza, al hombre, que es rey de la Naturaleza y primera figura en el gran panorama de la Creacion.

Huid adonde el sol no alumbre, adonde halleis un espacio vírgen, jamás hendido por respiracion viviente; porque donde quiera que lleguen los rayos del sol, donde exista un sér organizado y sensible, allí reinará majestuosamente la idea de la maternidad.

SEVERO CATALINA.

DE LOS NIÑOS

Á LA SEÑORA DOÑA EMILIA TEJADA DE TABOADA

(Con motivo de los de usted)

Los niños son ángeles que fabrican en el cielo

y mandan á la tierra para que las madres les hagan el corazon.

Un niño es una flor que tiene un fruto amargo: el hombre.

Se habla mucho de los derechos individuales, del derecho al trabajo, á la asistencia. Pero nunca he visto hablar del derecho de los niños pobres á los dulces de Nochebuena.

Muchas veces he visto en pinturas, en novelas, y hasta en la realidad, el cuadro encantador de un niño de familia noble y rica jugando con un perro, metiéndole los dedos en la boca, tirándole de las orejas, sin que el animal se ofenda.

Pero no recuerdo haber visto á esos niños jugando con los niños pobres. ¿Será que los prudentes padres temen que los niños pobres estén más hambrientos que los perros y muerdan?

Aun á riesgo de eso, es necesario, para que el Evangelio se cumpla, que la igualdad de los hombres empiece en la infancia. Porque los cuerpos duros pueden clavarse, pero no se mezclan.

Para soldar corazones hay que cogerlos cuando son tiernos.

Por desgracia, todo esto es hoy difícil. Porque á medida que la Beneficencia va siendo de buen tono, la Caridad se va haciendo cursi.

En diez y nueve siglos de cristianismo, aún no hemos pasado de la limosna material á la espiritual.

Por eso los niños del Hospicio, que, como todos, viven principalmente de sol y cariño, andan siempre tan pálidos. ¡No les da el sol, ni el amor!

Perdone Ud., señora, si todo esto no se lo he dicho á Ud. en verso. Yo nunca los hago.

Un día en el Prado recogí del suelo á un *bebé* que lloraba azotando el polvo con las manos. Le puse en pié, le limpié el vestidito de blondas; castigué el pícaro suelo dándole dos patadas; enjugué con besos las lágrimas del niño, y desde entonces no he vuelto á hacer más madrigales.

Antes de concluir diré á Ud. una cosa que la interesa: los hijos de Ud. son muy hermosos. Cuando vayan al Prado no deje Ud. de ir con ellos. ¡Los niños no deben estar huérfanos ni dos horas!

LEOPOLDO ALAS (CLARIN).



CUADROS REALES

LOS PURITANOS

(NOVELA)

(Continuacion)

Aunque sonreí al leer el billete amoroso, no dejó de causarme sensación dulce y desagradable, que muy pronto hizo sitio á otra melancólica, al recordar que me estaban prohibidas para siempre tales aventuras. Aquel día mi chiquita no salió al balcón, sin duda avergonzada de su condescendencia; pero al siguiente la hallé dispuesta y aparejada al combate de miradas, señas y sonrisas, que ya no escasearon por ambas partes. Una hora ó más duraba todas las tardes este juego, hasta que se oía llamar y se metía apresuradamente. La pregunté por señas si salía de paseo, y me contestó que sí; y en efecto, un día aguardé en la calle hasta las cuatro, y la ví salir en compañía de una señora, que debía ser su mamá, y de dos hermanitos. Seguíles al Retiro, aunque á respetable distancia, porque me hubiera causado mucha vergüenza el que la mamá se enterase; la chiquilla, con ménos prudencia, volvía á cada instante la cabeza y me dirigía sonrisas, que me tenían en continuo sobresalto. Al fin volvimos á casa en paz. Á todo esto yo no sabía cómo se llamaba, y á fin de averiguarlo escribí la pregunta en otra hoja de la cartera: *¿Cómo se llama Ud.?* La chica contestó en la misma letra inglesa y crecida, con el papel rayado: *Me llamo Teresa no crea usted por Dios que juego con muñecas.*

Diez ó doce días se trascurrieron de esta suerte. Teresa me parecía cada día más linda, y lo era en efecto, porque, segun he averiguado en el curso de mi vida, no hay pintura, raso ni brocado que hermosee tanto á la mujer como el amor. La pregunté repetidas veces si podía hablar con ella, y siempre me contestó que era de todo punto imposible; si la mamá llegaba á saber algo, ¡adiós balcón! Empecé á sospechar que me iba enamorando, y esto me traía inquieto. No podía pensar en aquella niña sin sentir profunda melancolía, como si personificase mi juventud, mis ensueños de oro, todas mis ilusiones, que para siempre estaban separadas de mí por barrera infranqueable. Al mismo tiempo me acosaban los remordimientos. ¡Cuál sería el dolor de mi pobre mujer si llegase á averiguar que su marido andaba por la corte enamorando chiquillas! Un día recibí carta suya participándome que tenía á mi hijo menor un poco indispuerto, y rogándome que procurase arreglar los negocios y volviese pronto á casa. La noticia me produjo el disgusto que Ud. puede suponer, porque siempre he delirado por mis hijos; y como si aquello fuese castigo providencial, ó por lo ménos advertencia saludable, despues de una grave y prolongada meditacion, en que me eché en cara sin piedad mi conducta infame y ridícula, canté sin rebozo el yo pecador y resolví obedecer á mi esposa inmediatamente. Para llevar á cabo este propósito, lo primero que se me ocurrió fué no acordarme más de

Teresa, ni pasar siquiera por su calle aunque fuese camino obligado; despues abreviar cuanto pudiese los asuntos. Segun mis cálculos, quedaría libre á los cinco ó seis días.

Ya no seguí, pues, la calle de las Infantas, como acostumbraba despues de almorzar, ni aún para ir á la de Valverde, donde vivían unos amigos. Por la noche, despues de comer, como no había peligro de ver á Teresa, la cruzaba velozmente y sin echar una mirada á la casa.

Pasaron cuatro días; ya no me acordaba de aquella niña, ó si me acordaba era de un modo vago, como la memoria de los días risueños de la juventud. Tenía casi ultimados mis negocios y andaba preocupado con la eleccion del día para marcharme. — Será cosa á más tardar del viérnes ó el sábado — me dije despues de comer, encendiendo un cigarro y echándome á la calle. El ministro se había negado á rebajar la cuota del Ayuntamiento, lo cual me tenía muy contrariado. Pensando en lo que había de decir á mis colegas cuando me viese entre ellos, y en el modo mejor de explicarles la causa del fracaso, crucé la plaza del Rey y entré en la calle de las Infantas. La noche era espléndida y bastante templada; llevaba abierto el gabán y caminaba lentamente, gozando con voluptuosidad de la temperatura, del cigarro y de la seguridad de ver pronto á mi familia. Al pasar por delante de la casa de la niña, me detuve y la contemplé un instante casi con indiferencia. Y seguí adelante murmurando: « ¡Qué chiquilla tan mona! Lástima será que se la lleve un tunante. » Despues me puse á reflexionar en lo fácil que me hubiera sido jugar una mala pasada al alcalde y alzarme con el cargo; pero no; hubiera sido una felonía: por más que fuese un poco díscolo y soberbio, al fin era amigo: tiempo me quedaba para ser alcalde. Pero cuando más embebido andaba en mis pensamientos y planes políticos, y cuando ya estaba próximo á doblar la esquina de la calle, hé aquí que siento un brazo que se apoya en el mío y una voz que me dice:

— ¿Va Ud. muy léjos?

— ¡Teresa!

Los dos quedamos mudos por algunos instantes; yo contemplándola estupefacto, ella con la cabeza baja y sin abandonar mi brazo.

— ¿Pero dónde va Ud. á estas horas?

— Me voy con Ud. — contestó alzando la cabeza y sonriendo como si dijese la cosa más natural del mundo.

— ¿A dónde?

— ¡Qué sé yo! Donde Ud. quiera.

A un mismo tiempo sentí escalofríos de placer y de miedo.

— ¿Ha huido Ud. de su casa?

— ¡Qué había de huir!... Solamente se la he jugado á Manuel del modo más gracioso... Verá Ud. cómo se rie... Me empeñé hoy en ir á la tertulia de unas primas que viven en la calle de Fuencarral, y papá mandó á Manuel que me acompañase. Llegamos hasta el portal, y allí le dije: márchate, que ya no haces falta;

y me hice como que subía la escalera; pero en seguida dí la vuelta sin llamar y me vine detrás de él hasta casa... ¡ Cuando le ví entrar, me dió una risa que por poco si me oye !

La chiquilla se refa aún con tanta gana y tan francamente, que me obligó á hacer lo mismo.

— ¿ Y Ud. por qué ha hecho eso ? — le pregunté con la falta de delicadeza, mejor dicho, con la brutalidad de que solemos estar tan bien provistos los caballeros.

— Por nada — repuso desprendiéndose de mi brazo repentinamente y echando á correr.

La seguí y la alcancé pronto.

— ¡ Qué polvorilla es Ud. ! — le dije echándolo á broma. — ¡ Vaya un modo de despedirse !... Perdon si la he ofendido....

La niña, sin decir nada, volvió á tomar mi brazo. Caminamos un buen pedazo en silencio. Yo iba pensando ansiosamente en lo que iba á decir y en lo que iba á hacer, sobre todo en lo que iba á hacer. Al fin Teresa lo rompió, preguntándome resueltamente:

— ¿ No me dijo Ud. por carta que me quería ?

— ¡ Pues ya lo creo que la quiero á Ud. !

— ¿ Entónces, por qué ha dejado de venir á verme y de pasar por la calle de día ?

— Porque temía que su mamá...

— Sí, sí, porque los hombres son todos muy ingratos, y cuanto más se les quiere es peor... ¿ Piensa usted que yo no lo sé?... Me ha tenido Ud. al balcon todas estas tardes esperándole; ¡ pero que si quieres !... Por la noche, detrás de los cristales, le veía pasar muy serio, muy serio, sin mirar siquiera hácia mi casa... Yo decía: ¿ estará enfadado conmigo ? ¿ Por qué se habrá enfadado ? ¿ Será porque he cerrado el balcon á las tres ménos cuarto ? En fin, todo me volvía cavilar, cavilar, sin sacar nada en limpio... Entónces dije: voy á darle un susto esta noche...

— Ha sido un susto muy agradable.

— Si no llega Ud. á pararse delante de mi casa y á quedarse mirando á los balcones, no salgo del portal... pero aquello me decidió.

Momento de pausa, en el cual me acudió á la mente un tropel de pensamientos que todavía me avergüenzan. Teresa volvió á mirarme fijamente.

— ¿ Esta Ud. contento ?

— ¡ Vaya !

— ¿ Va Ud. á gusto conmigo ?

— Mejor que con nadie en el mundo.

— ¿ No le estorbo ?

— Al contrario, siento un placer como Ud. no puede figurarse.

— ¿ No tiene Ud. nada que hacer ahora ?

— Absolutamente nada.

— Entónces vamos á pasear; cuando llegue la hora usted me lleva á casa, y mamá se figura que me trajo el criado de las primas... Pero si le estorbo ó no le gusta pasear conmigo, dígamelo Ud... me voy en seguida...

Yo le contesté apretándole el brazo y tirándole suavemente por la mano para encajárselo bien en el mio.

Teresa continuó hablando con graciosa volubilidad:

— Parece mentira que seamos tan amigos, ¿ no es verdad ? Yo pensé, cuando le dejé caer la muñeca encima, que le había matado... ¡ Qué miedo tuve ! ¡ Si usted viera !... Vamos á ver, ¿ por qué en lugar de enfadarse se sonrió Ud. conmigo ?

— ¡ Toma ! Porque me gustó Ud. mucho.

— Eso pensaba yo: debí haberle sido simpática, porque, si no, la verdad es que tenía motivo para ponerse furioso. Todavía cuando Ud. subió á llevármela estaba muerta de miedo, y por eso cerré tan pronto la puerta... ¡ Dichosa muñeca ! Me dió tal rabia que la tiré contra el suelo y la partí un brazo.

— Pues no debe Ud. tratarla mal; al contrario, debe usted conservarla como un recuerdo.

— ¿ Sabe Ud. que tiene razon ? Si no hubiera sido por la muñeca no nos hubiéramos conocido... ni sería usted mi novio... porque tengo otro...

— ¿ Cómo otro ?

— Es decir, ya no lo tengo: lo tenía... Es un primo que está empeñado en que le he de querer á la fuerza... No vaya Ud. á creer que es feo... al contrario, es guapo... pero á mí no me gusta... No lo puedo remediar. Le dije que sí porque me dió lástima un día que se echó á llorar.

A. PALACIO VALDÉS.

(Se concluirá.)

BENEFICENCIA

CARTAS A UN DIPUTADO PROVINCIAL

SOBRE EL HOSPICIO Y LOS HOSPICIANOS

Carta última

Muy señor mio y dueño: Han trascurrido dos meses desde que tuve el gusto de remitirle por conducto de esta Revista mi última carta. Desde ese tiempo la experiencia ha confirmado la exactitud de cuanto tuve el honor de exponerle en mis anteriores. He tenido ocasion de ver en la práctica:

Que los Hospicios, tal como los concebíamos en España hace dos siglos, no existen. Ya no se da á los acogidos un *lecho* y una *racion*, sino que se les ofrece enseñanza, trabajo y sueldo. De este modo adquieren nocion de su *propia dignidad*, y son respetados á fin de que respeten, y queridos á fin de que quieran, y muy protegidos á fin de que ellos protejan á su vez más tarde.

¿ Creerá Ud. que no hay la costumbre de emplear los acogidos de los establecimientos benéficos para criados de ciertos dependientes, bufones de ciertas empresas ó lacayos en ciertas fúnebres ceremonias ? En manera alguna.

¿ Acaso no es extraño que los niños colocados en aprendizaje estén vigilados con tanto celo como los mismos patrones por sociedades especiales, que denunciarían cualquier hecho punible por parte de éstos ? Eso sin contar el cuidado de la Administracion en corregir la menor explotacion.

Bien sé que esto que digo Ud. lo sabe de corrido; pues al interesarse por los niños como se interesa, y al contar con fortuna como cuenta, ha visitado con todo detenimiento los asilos que yo he visto en Francia y otros muchos más; pero como estas cartas van abiertas, justo es que algunas personas que desconocen todo esto abran bien los ojos y lean.

No siendo el Hospicio un asilo de mendigos y rufianes, como antaño, el *hospiciano*, tal como le conciben las gentes — que hablan aún del *mal de ojo* y de otros mitos indignos de la edad presente — no existe allí ya, y no debe existir realmente tampoco aquí. Allí hay *niños asistidos* nada más, y entre éstos los hay abandonados al nacer, *moralmente abandonados*, etc., que viven en la Inclusa en corto número ó están en nodriza, ó recogidos en escuelas ó colocados en aprendizaje en diversas colonias de todo género.

Con esto claro está que no existen esas casas cuartel-hospital-asilo, insalubres, difíciles de vigilar é imposibles de regir, pues en ellas hay más desórden que en la histórica Arca de Noé, donde es fama había seres de todas castas y edades.

Respecto á las direcciones, le diré que están encomendadas á personas competentes, que hacen estudios de alguna utilidad y saben lo que tienen entre manos. Así, por ejemplo, el que dirige la *Institucion de sordomudos* es un distinguido doctor, y el *Hospicio de los niños asistidos* un estadista notabilísimo é inteligente.

Como pienso ordenar mis numerosos apuntes y hacer un trabajo, en cuanto me sea dable, acerca de estos asuntos interesantísimos, paréceme oportuno suspender mi correspondencia, de igual suerte que se han suspendido las sesiones de la digna corporacion á que pertenece.

Ignoro dónde se hallará en este momento veraneando; pero donde quiera que esté no le faltarán niños pobres á quienes contemplar y proteger con ese buen corazon que le adorna, á fin de no olvidarse de los *hospicianitos* y de los *expósitos* á su cargo.

Y á propósito: ¿resultó un falso rumor lo referente á la falta de pago de las nodrizas? ¡Cuánto lo celebro! Sobre todo por los niños.

Ya podrá Ud. dormir tranquilo, ¿no es cierto?

Es de Ud. afectísimo servidor y respetuoso administrado,

M. DE T.

CONGRESO INTERNACIONAL PARA LA PROTECCION DE LA INFANCIA

DISCURSO PRONUNCIADO EN LA SESION DE LA ASAMBLEA GENERAL DEL 22 DE JUNIO POR EL DR. TOLOSA LATOUR, Á NOMBRE DE LA PRIMERA COMISION, COMO INFORME RESPECTO Á ORGANIZACION DE LOS HOSPITALES DE NIÑOS

(Conclusion.)

Las enfermedades que pueden afectar la infancia se pueden dividir en dos clases: agudas y crónicas.

Las primeras, bien sean traumáticas, ora dependan de flegmasías ó infecciones, necesitan un tratamiento acti-

vo, inteligente, á fin de que no se hagan crónicas; éstas, por último, ya entren en las incurables propiamente dichas, deformidades, tísis confirmadas en su último período, sífilis grave, tumores malignos, etc., bien sean de la categoría de las curables merced á un tratamiento constante, como la *escrófula*, *raquitismo*, exigen unos cuidados tan asíduos, que la creacion de hospitales y asilos es una verdadera necesidad en nuestra época.

El primer voto, el más urgente é importante que la Comision ha formulado, es, pues, el siguiente:

QUE SE CREEN HOSPITALES ESPECIALES PARA LOS NIÑOS ENFERMOS EN TODAS LAS GRANDES POBLACIONES.

No insistiré en el gran interes que reportará á la infancia la aplicacion práctica de este deseo, que creo adoptareis unánimemente. Por otra parte, dentro de estos hospitales la clasificacion de los afectos morbosos ha de estar hecha con escrupuloso celo, no sólo por la facilidad del contagio de que hice mencion, sino por las diferencias esenciales en la alimentacion y medicacion de los diversos enfermitos.

He dicho que es doloroso separar la madre de su hijo; añadiré que en ciertas ocasiones es casi imposible efectuar esta separacion en algunas madres. Entre las españolas hay, Señoras, no pocas, que prefieren hacer los mayores sacrificios ántes de dejar sus tiernos niños, y yo bien sé tambien de lo que soís vosotras capaces: la mia nació en este noble suelo, y á poder nacer dos veces, yo pediría la vida de madre como ella y bajo el hermoso cielo de mi España. (*Grandes aplausos.*)

Para los accidentes, para las lesiones leves y los trastornos pasajeros, es preciso facilitar medios á tales madres para que sus hijos sean socorridos prontamente y bien. Nada mejor que los dispensarios, las consultas gratuitas, las Casas de Socorro, en donde se den medicamentos, apósitos, vendajes, etc., como se hace en las que existen en España y en nuestro Hospital.

La Comision formula, pues, un segundo voto diciendo:

QUE SE MULTIPLIQUEN TODO LO POSIBLE EN LOS BARRIOS POBRES DE LAS GRANDES CIUDADES DISPENSARIOS Ó CASAS DE SOCORRO DONDE SE AUXILIE Á LOS NIÑOS.

Entre las enfermedades crónicas de que hemos hecho mencion, y que exigen una estancia prolongada en el hospital, se cuentan la *escrófula* y el *raquitismo*, que se hallan en todos los países con gran frecuencia, lo mismo en los niños ricos como en los pobres. Los baños de mar, y en ocasiones la atmósfera marina solamente para los unos, los establecimientos é institutos ortopédicos para los otros, tienen tal importancia que no habrá en Europa nadie, médico ó profano, que niegue su necesidad.

Por desgracia no todos los países tienen fundaciones de ese género. La nacion que ha dado un ejemplo elocuente es Italia, que cuenta con diez y seis hospitales marinos desde que en 1853, gracias á la generosa iniciativa del Dr. Barellaj, se fundó el primero, así como escuelas para raquíticos en Milan y Turin, debidas á las señoras Gamba y Pini. Es cierto que en Francia se han hecho tentativas, en 1849, en Saint-Malo y en Cette, así como en Berck en 1861. Permitidme que cite á los doc-

tores Bergeron y Perrochaud, que entonces trabajaron mucho en pro de esta idea, así como al Dr. Eugenio Ory, nuestro compañero de Comision, que ha presentado datos por extremo interesantes (1). Dinamarca, Alemania y América, segun los datos que nos han sido facilitados, poseen algunos de fundacion particular. Francia tiene dos sostenidos por la Asistencia pública en Berck, y además el fundado por el baron Rotschild en el mismo punto, otro en Cette y otro en Niza (Hospital de la Villa Friedland), sin contar con que la Administracion se ocupa de crear estaciones para tísicos en Hyères ó en Arcachon, sobre todo en este último punto, por estar próximo á grandes bosques de pinos.

En lo que respecta á España, aparte de un ensayo coronado de éxito que hizo la señora duquesa de Santofia hace pocos años, enviando enfermitos á las orillas del mar en Santofia, donde había fundado su difunto esposo un hospital para adultos, todavía no se ha creado ningun establecimiento, por más que existen proyectos de algun valor y las playas son inmejorables.

Excusado es advertir que éstos *sanatoria* pueden y deben establecerse en las cercanías de ciertos manantiales. Precisamente en estos instantes el Dr. Julio Simon da en el Hospital de Niños de París interesantes conferencias sobre el tratamiento mineral é hidroterápico de varias enfermedades.

La Comision no ha vacilado en virtud de esto en proponeros:

QUE LOS ESTADOS, LAS SOCIEDADES BENÉFICAS Y LOS PARTICULARES FAVOREZCAN EN TODOS LOS PAÍSES EL ESTABLECIMIENTO DE HOSPITALES Y ESTACIONES Á ORILLAS DEL MAR Y EN LAS CERCANÍAS DE MANANTIALES MINERALES, PARA EL TRATAMIENTO DE LOS NIÑOS ESCROFULOSOS, RAQUÍTICOS, TÍSICOS, ETC.

Veis, por lo que rápidamente he expuesto, que entre los fines principales que deben tenerse presente al ocuparse de la organizacion de hospitales se cuentan evitar la aglomeracion de enfermos y la mezcla de diversas enfermedades, que han de aislarse para su mejor tratamiento.

Ahora bien; existe una categoría de desgraciados que se les considera como enfermos incurables ó poseen organizaciones defectuosas, todos dignos, acaso más que los anteriores, de un cariñoso cuidado, gracias al que quizá lleguen por lo ménos á no ser completamente inútiles á la sociedad.

Me refiero á los llamados monstruos, á los imbéciles, idiotas, ciegos, epilépticos, etc., seres de organizacion defectuosa ó enfermas que no pueden permanecer en los hospitales, que no son admitidos en la mayoría de los asilos, que son objeto de irrision unas veces, de explotacion otras, y de dolor siempre por parte de sus familias.

Este problema ha preocupado á los hombres de corazon de todos los países, y sin entrar en detalles sólo citaré dos nombres, el de Bourneville en Francia y el de

Esquerdo en España, como defensores de los más desgraciados y peligrosos: los epilépticos y los imbéciles.

No olvideis que muchos crímenes son realizados por seres de este género, como habrán tenido ocasion de comprobar muchos de los magistrados que me escuchan, entre ellos nuestro presidente Sr. Bonjean, al juzgar jóvenes acusados de incendiarios ó de otros delitos.

En asilos especiales hallarán las condiciones higiénicas que no podrían proporcionársele en los hospitales, así como educacion é instruccion relacionada con sus organizaciones enfermas. Respecto á los llamados *monstruos* (esos infelices deformes), estando en estos centros no podrían servir para explotar la curiosidad pública.

El cuarto y último voto de la Comision es, por lo tanto:

QUE SE CREEN NUMEROSOS HOSPICIOS PARA NIÑOS EPILÉPTICOS, IDIOTAS, CIEGOS É IMPOSIBILITADOS.

He terminado, Señoras y Señores, mi cometido. La brevedad de tiempo que nos concede el reglamento me ha impedido (á pesar de contar con vuestra benevolencia y la bondad del señor Presidente hácia los oradores, finezas que agradezco y de las que sentiría haber abusado) explanar con extension el punto que me encomendaron mis queridos colegas.

Sin embargo, ántes de bajar de este sitio consentidme que, al propio tiempo que reitero el saludo que hice al Congreso en nombre de España, formule un último voto; á saber: que el próximo *Congreso* tenga lugar en Madrid, donde ofrezco desde luego el apoyo generoso, no sólo del Gobierno, sino del país entero, que me consta se interesa por nuestras filantrópicas tareas.

De esta suerte haremos que nuestro siglo XIX, este siglo tan ensalzado y tan deprimido, que está próximo á desaparecer cubierto de glorias y errores, no se le llame el siglo del vapor, de la electricidad, ni de ningun otro invento que pueda ser superado en lo por venir, si no que merezca, aún en sus postrimerías, el hermoso y gloriosísimo dictado de SIGLO DE PROTECCION Á LA INFANCIA. (*Grandes y prolongados aplausos.*)

PENSAMIENTOS Y FRASES

Educar no es sólo anticipar y facilitar un bien, sino dar positivamente un bien que quizá la propia Naturaleza no llegaría, por mala direccion, á darnos nunca.

(LETAMENDI.)

Cuando veo en ciertas calles zaleas asquerosas que cuelgan de las ventanas, niños desgredados, madres maldicientes, padres ebrios y crueles, no culpo á esas desventuradas familias: acuso de ese daño, por incuria y descuido, á sacerdotes, maestros y médicos.

¡Desgraciada la madre que tiene que ocultarse de su hija!

¡Desgraciada la hija que no es íntima amiga de su madre!

(1) El Dr. Pietra-Santa dió tambien una conferencia durante la Exposicion de 1878 sobre tan importante punto, precisamente en el palacio del Trocadero.

¡Cuántas buenas obras inspira el adorado recuerdo de una buena madre!

La cuna es el joyero de la esposa honrada.

(DR. FAUSTO.)

Niñas, que por guardiana de vuestro tierno honor
teneis una familia que os da dicha y amor,
¿comprenderéis jamás qué dice el desamparo
al oído del pobre por lo bajo y muy claro?
Sin conocer el hambre, no sabéis el afán
que hace olvidar la honra por un trozo de pan!

(EMILIO AUGIER.)

DICHOS Y HECHOS

La prensa periódica ha clamado contra el abuso de que á las nodrizas de la Inclusa de Madrid se les adeuden unos 80.000 duros en concepto de atrasos.

El señor Presidente de la Diputación Provincial ha negado ciertos detalles del hecho, pero resulta siempre que á esas pobres mujeres se les debe dinero.

Será preciso que algun padre de la patria piense en presentar aquí un proyecto de ley semejante á la que el Dr. Roussel defiende en Francia, á fin de proteger la vida de los niños de los abandonos de las madres descuidadas é indignas que no paguen las nodrizas de sus hijos.

Y entónces de seguro que muchas corporaciones pagarían tan sagrados débitos, aunque no fuera más que por no merecer dichos calificativos.

Ó quizá, á pesar de todo, se declararían insolventes.

Acompañado de un atento B. L. M. del señor Secretario general de la Asociación de Escritores y Artistas, hemos recibido una circular en la cual se expresa que dicha Asociación, deseando contribuir al progreso de las Letras y de las Bellas Artes, que tan directamente se relaciona con el mejoramiento de las clases que representa, ha acordado celebrar en Madrid una Exposición literario-artística á mediados del próximo mes de Diciembre.

Contendrá dicha Exposición autógrafos, hojas sueltas, periódicos, folletos, libros, composiciones musicales, proyectos arquitectónicos, dibujos, pinturas, grabados, esculturas y demás obras análogas. También podrán exponerse los productos de las industrias auxiliares del artista y del escritor, tales como tintas, papel, plumas, objetos de escritorio, utensilios de imprenta y encuadernación, instrumentos de música, lápices, pinceles, colores, paletas, estuches de dibujo, y cuantas materias y efectos sirven de elemento para el cultivo de las Letras y de las Artes.

La Exposición literario-artística coincidirá con un gran certámen, cuyas condiciones especiales se acordarán y publicarán oportunamente, para premiar un boceto conmemorativo de la gloria de Cervantes, un busto en yeso de D. José María del Campo y Navas, fundador y propagandista de la Sociedad; una medalla

para recompensar servicios meritorios hechos á la Asociación; un anteproyecto de palacio destinado á Círculo de Escritores y Artistas, en el cual tengan albergue todas las agrupaciones y enseñanzas de dichas clases; una composición, en prosa ó verso, dedicada á poner de manifiesto las excelencias de la unión fraternal de los obreros de la inteligencia, y un himno á las glorias de España.

Nos parece una idea excelente, á la cual ofrecemos desde luego nuestro humilde pero entusiasta concurso.

Suma y sigue:

El Defensor, de Granada, denuncia un hecho que encierra notoria gravedad, ocurrido en el Hospicio de aquella capital.

Dice que un joven, sobrino del maestro y encargado interinamente de la escuela, ha maltratado al alumno Francisco Blanca Lorite de tal modo, con tal ensañamiento, que el chico se halla enfermo de alguna gravedad; parece que le golpeó con una tabla, hasta el punto de hacerle echar sangre por la boca.

El hecho, según manifiesta el colega, ha tenido precedentes, no siendo esta vez la primera que el alumno de que se trata se ha visto golpeado por el sobrino del maestro.

Sin comentarios.

Noticia que parece tomada de la vida europea:

«Un acaudalado musulmán de Tánger estaba casado hacía algun tiempo, sin que de su matrimonio tuviera sucesión. Deseoso de tener hijos compró una negra, que retuvo en su casa, y de la cual tuvo una niña mulata al poco tiempo. Celosa una de sus mujeres de ver que de la esclava obtuvo lo que deseaba, aconsejó días pasados al marido á que vendiese á la madre y la hija, como lo efectuó, mandándolas á un lugar inmediato á Tánger, donde se desprendió por dinero de la esclava y de su hija, echando sobre la niña la cadena de esclava como si fuera hija de otro cualquiera.»

El musulmán fué generoso. Por lo ménos la vendió, pero no la explotó como hacen algunos en países cristianos.

En nuestro número anterior hemos empezado la publicación de datos estadísticos en extremo curiosos, referentes á la *Inclusa de Madrid*, y correspondientes á la Memoria del año 1875 que presentó á la Superioridad su digno jefe Dr. Benavente.

Seguiremos publicando los que se relacionan con los años posteriores, pues la gran afluencia de originales ya compuestos nos veda dar nuevos á la imprenta.

Y ya que hablamos del artículo de nuestro sabio colaborador, advertiremos (por más que esto sea quizá ocioso dado el buen sentido de nuestros lectores) que en el primer verso de los citados debe leerse *suerte* en vez de *muerte*.

PUBLICACIONES RECIBIDAS

TEODORO GUERRERO. — *Fábulas en accion*. — Cuadritos dramáticos en verso, escritos para los niños. — Segunda edicion reformada. — Madrid, 1883. (Véase el anuncio.)

Teodoro Guerrero, á más de buen poeta, es un excelente padre de familia, é inspirándose en su tranquilo hogar, y contemplando sus hermosos hijos, ha escrito el librito de que damos hoy cuenta, cuya primera edicion ha alcanzado un éxito tan grande como el que consiguió en la escena una de las dos fábulas en accion con que se ha enriquecido esta nueva tirada.

Algunas de las fábulas son muy á propósito para ser representadas por jóvenes. Recomendamos su adquisicion.

LE DOCTEUR DUHOURCAU. — *Traitement de la syphilis par les eaux sulfureuses et en particulier par les eaux de Cauterets*. — Paris, 1883. — *Del valor de las aguas de Cauterets en el tratamiento de la tisis pulmonar*. — Memoria leida en el Congreso médico internacional de Sevilla (1882). — Cauterets, 1883.

Hé aquí dos folletos de interes hidrológico, debidos á la pluma de nuestro distinguido amigo el conocido médico de Cauterets, Dr. Duhourcau, á quien felicitamos por sus nuevos trabajos.

CALDAS DE CUNTIS (Pontevedra). — *Aguas sulfurado-sódicas de gran termalidad*. — Nuevo establecimiento de la Virgen. — Memoria médico y administrativa de los Sres. Buceta y Dr. Hernandez Sanz.

VIDAL SOLARES. — *De los diversos métodos y medios explorativos de la matriz*. — Barcelona, 1883. — (Edicion ilustrada con grabados.)

Este nuevo folleto del infatigable publicista catalan es de verdadera importancia para los que cultivan la especialidad ginecológica, pues hallarán en él, no sólo concision en el texto, sino gran claridad en la parte técnica á causa de los numerosos grabados que adornan el trabajo.

ACACIO CÁCERES PRAT. — *El Vierzo, su descripcion é historia. Tradiciones y leyendas*. — Madrid, 1883.

Los verdaderos poetas, los que sienten algo en el alma que les hace apreciar con exquisita delicadeza los menores detalles que hallan á su paso, trabajan, escriben y cantan siempre. Una expedicion que para otra persona cualquiera, un honrado comerciante por ejemplo, no significará nada más que algunos cientos de reales de ménos en el bolsillo, representa para el escritor motivo para redactar un libro que, como el que nos ocupa, tiene las condiciones «de ser bueno, estar bien pensado, sabiamente distribuido y elegantemente escrito», segun afirmacion del prologuista, persona que conoce perfectamente esa hermosa region.

El Sr. Cáceres ha prestado un servicio á la literatura publicando tan curiosas tradiciones, y al propio tiempo ha hecho una obra patriótica, pues nos conviene á todos conocer los hermosos paisajes de nuestra España.

El *Vierzo* es una de las regiones más bellas del Norte

de la Península, y sus agradables perspectivas y los encantos que en un espíritu delicado producen las ruinas de sus castillos, están perfectamente descritos y expresados en el libro del Sr. Cáceres Prat, que recomendamos de todas veras.

Apuntes sobre el cólera morbo asiático, sus causas, profilaxia y tratamiento, por D. FEDERICO GOMEZ DE LA MATA. — Madrid, 1883.

Este opusculito, además de ser de oportunidad, está redactado en un estilo tal que lo pueden leer con igual provecho el médico y el profano.

Su autor, el distinguido periodista médico Dr. Gomez de la Mata, ha tenido una buena idea al escribir tan excelentes páginas.

La criminalidad ante la Ciencia. — Discurso-resúmen del debate mantenido por la seccion de Ciencias físicas del Ateneo de Madrid durante la temporada literaria de 1882 á 1883, por JOSÉ DE LETAMENDI, socio Presidente de la misma. — Madrid, 1883.

Todo trabajo del Dr. Letamendi, por pequeño que sea, hace meditar y revela las grandes condiciones de pensador profundo que adornan al catedrático de la Facultad de Medicina. Su discurso último merecía especialísima mencion y prolijo estudio. La índole de nuestra Revista no nos consiente ni lo uno ni lo otro; sólo nos permite unir nuestro aplauso á los que reconocen en Letamendi una incomparable habilidad de polemista y un espíritu muy original.

Dépopulation de la France. — De la conservation des enfants par les Crèches, et de l'utilité générale de ces institutions, leur fondation, leur fonctionnement, leur mode d'administration, avec plans graphiques et annexes por M. TRIGANT DE BEAUMONT, *Sous-chef du Bureau au ministère de l'Interieur, chargé du service des Crèches, etc.* — Paris, Murad et fils, libraires éditeurs.

El Sr. Trigant de Beaumont es uno de los verdaderos patriotas franceses que, preocupado por la considerable disminucion en la poblacion de Francia, ha consagrado las horas de descanso que sus numerosas ocupaciones le consienten á redactar libros del interes y la importancia del que analizamos.

Su mejor elogio es decir que su autor ha merecido del ministerio del Interior una medalla de oro por sus importantes estudios durante la Exposicion universal de 1878, y que piensa como un filántropo y escribe como un literato.

Es un libro que debe tener en su biblioteca quien se ocupe especialmente de la proteccion de la infancia.

PERIÓDICOS. *Revista de la Arquitectura Nacional y Extranjera*, director D. Mariano Belmás. — *La Armonía*, Crónica de la música y Revista semanal ilustrada. — *La Moda elegante ilustrada*. — *La Riqueza del hogar*, de gran utilidad para las familias. — *Revista popular de conocimientos útiles*, de interes para todas las clases sociales. — *La Jeune France*, director Alberto Allenet, París. — *Le Nouveau-né*. Guide mensuel, directeur: Oscar Comettant. Número de Julio.

Madrid: 1883. — Enrique Teodoro, impresor, Amparo, 102, y Ronda de Valencia, 8